

*Gemma Aizpitarte**

Varsovia / San Sebastián

bct-gaiz@wp.pl

Retazos de mi experiencia, ¡KLIK!¹

Llevo en Polonia una parte importante de mi vida, desde finales de 1981 de forma permanente. He trabajado veinte años como periodista y otros tantos he dirigido la representación de la Agencia Vasca de Desarrollo Industrial. En los últimos tiempos sigo en activo con mi propia empresa. En este país he madurado, me he hecho más realista, y he realizado el objetivo de ser independiente. Me he convertido, quiero pensar, en más o menos en quien quiero ser gracias a la distancia con mi lugar de origen.

La Polonia de 1979, primera vez que vine, me sorprendió por su horizontalidad social, su modestia, y a la vez por diferencias que en aquel contexto sociopolítico se me hacían llamativas. Llegué a casa de una amiga de Varsovia que había conocido junto a otra chica polaca en mi ciudad, San Sebastián, ambas estudiantes de Filología Española, y que había tenido la oportunidad de tratar durante unos años.

Yo estaba emocionada de ir a un lugar tan poco turístico y raro. De modo que mis recuerdos son muchas veces sensaciones unidas a escenas gráficas. Un aeropuerto pequeñito, con unas luces anémicas en el edificio convertido hoy en uno de servicio al lado del grande y hermoso hecho por españoles. Y una desorientada estudiante que vivía en su cómodo mundo, en su guindo ideal, arribaba con su equipo de esquí y su pasaporte.

La primera, en la frente: a la pregunta del funcionario de fronteras en su mini cutre garita de *wiza*, yo contesté con toda amabilidad que en España usamos pasaporte. Insistía en *wiza* alzando más la voz y con una mímica acentuada

* Gemma Aizpitarte. Empresaria. Llegó a Varsovia como becaria. Después trabajó como periodista de agencia (1983-2000) y como consultor de inversiones y apoyo a empresas al frente de la Agencia Vasca de Desarrollo Empresarial (Grupo SPRI) del Gobierno Vasco (2000-2018).

¹ Notas: Jan Stanisław Ciechanowski y Cristina González Caizán.

de descontento que pretendía asustarme. Pero nada, no me daba por aludida. Así que, a la tercera, me apartó hacia atrás, llamó al jefe de los funcionarios de frontera y esperamos un rato largo a que apareciera alguien que supiera español. Por miedo, me negué a hablar en otro idioma. Expliqué a aquellos señores que mi amiga, cuyo nombre y dirección enseñé en mi agenda, y que me estaba esperando en el aeropuerto, quedó en decirme con antelación si necesitaría algo más que el pasaporte para viajar a Polonia. Pero no me había dicho nada. Y yo deduje, porque lo había leído, que en aquellos años el país estaba en un proceso de apertura a Occidente², como había asegurado a mi padre.

El jefe de los funcionarios de aduanas y el que resultó ser un empleado local de Iberia, que prestó su ayuda en la traducción al español, estaban asombrados de mi tranquilidad, y a la vez les divertía, pero es que yo no le veía problema: ni el telón de acero me hacía efecto.

Como aquello parecía un callejón sin salida, dijo el jefe de los funcionarios de aduanas: «¿Y ahora qué hacemos con usted?» Yo, enseguida: «Mire, cualquier cosa, me puedo quedar aquí a dormir toda la semana en el suelo, pero no se le ocurra mandarme a casa, que mi padre me mata». Y con naturalidad le propuse la solución: «¿Lo que necesito es un visado? Pues me lo puede hacer aquí, porque aún estoy en la parte internacional del aeropuerto». Y vista mi resistencia al temor, claudicó con una sonrisa, sobre todo al oír lo de mi padre.

La verdad es que esta primera vez me permitió asombrarme con el país y algunas de sus cosas. Al día siguiente, 19 de marzo de 1979, fui invitada a casa de los Szpilman³, donde conocí al pianista y compositor, así como a su familia, con quienes he mantenido una estrecha relación hasta que la vida lo ha permitido. Guardo desde entonces un disco de él, que me dedicó a mi nombre y con su firma. Y que era parte de la mejor colección de obra de Chopin editada con los mejores pianistas de posguerra.

Poco después viajé a Zakopane, en las montañas del sur, que para eso me había traído los esquís y las botas. Observaba con mucha atención todo, pues se me hacía a la vez cercano y extraño. Para el dueño de la pensión donde nos alojábamos, un tal Karpiel-Bułecka⁴, jefe de la orquesta folclórica local, hombre muy conocido y lutier de profesión, yo me comportaba con mucha naturalidad

² Se trataba de cierta liberalización económica y menos política del régimen comunista polaco entre 1970 y 1980, cuando la función del primer secretario del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) lo desempeñaba Edward Gierek. El legado de esta época fue el enorme endeudamiento del país en el extranjero.

³ Władysław Szpilman (1911-2000), compositor y pianista polaco de origen judío. Autor de más de quinientas canciones populares polacas. Su historia durante la Segunda Guerra Mundial sirvió a Roman Polański para realizar la película *El Pianista* en 2002. Szpilman estaba casado con Halina, de soltera Grzeczmarowska (1928-2020).

⁴ Bolesław Karpiel-Bułecka (1927-2017), artista y músico popular polaco, organizador de grupos de música en la región de Podhale en los montes Tatras, una cordillera en la frontera de Polonia y Eslovaquia y el sector más alto de los Cárpatos.

en el sentido de que parecía sentirme muy a gusto allí, a miles de kilómetros de mi casa. Me observaba al salir de la pensión hacia las pistas de esquí, con mis trenzas largas, y jugando con dos manzanas. Le expliqué al preguntarme, que, al verme rodeada de montañas y oír una fonética de lejos con mucho «chu, chu» de fondo, verdaderamente me sentía como en casa.

Acabé el día de Resurrección invitada por el propietario de la casa a la mesa de la orquesta local, tomando canapés y una bebida incolora que yo desconocía y quemaba muchísimo en la boca, pero entraba fácil. Dijo varias palabras como de presentación acerca de mi persona, que por supuesto no entendí más que por las risas de los demás. Luego cantaron algo que me atañía, y más risas. Lo hacían en rimas compuestas sobre la marcha, espontáneas, como los bersolaris (*bertsolarik*) vascos. Paraban de tocar, uno hacía un verso, luego carcajadas, y después todos a tocar. Sabía que hablaban de mí porque me miraban con picardía.

El caso era que en un país de gente de parecido nivel material, con los bajos de los pantalones vueltos para arriba –que yo creí se debían a una moda extraña en la capital, donde faltaban muchas cosas necesarias y sobraban infinidad de innecesarias como los miles de ceniceros de cerámica que anegaban las Galerías Centrum–, se adivinaban pequeños grupos de «elegidos», hijos de directores de empresas públicas, hijos de médicos, de artistas, de abogados, de empleados de la televisión, que intentaban destacar, y lo hacían más por sus detalles de soberbia que por sus ropas y automóviles caros. Fui testigo de cómo personas así se colaban descaradamente en los remontes de las pistas de esquí y donde hubiera que esperar –recordemos que Polonia era un país de colas para todo–. A mí algunos que iban en el grupo de mi amiga me hacían pasar vergüenza.

Me trasladé a Cracovia para renovar el visado, ya que me habían dado uno para tres días. Así que me puse al volante del coche de mi amiga, que conducía muy mal, y allá nos fuimos a conquistar la carretera y Cracovia. Además de en la comisaría estuve en *Jama Michalikowa*, el café vienés de la calle Floriańska, que ya ha cumplido más de cien años, celebración a la que acudí años más tarde con amigas españolas. Y allí, en la ciudad turística por excelencia, los precios eran igual de baratos que en otras partes, especialmente cuando se les comparaba con divisas.

Dos años más tarde, a finales de 1981, una comida con un buen plato combinado de carne en el bistró del Hotel Europejski de Varsovia costaba 1 dólar, razón por la que todos los becarios extranjeros nos encontrábamos allí una vez por semana. Parecía poco, pero eran casi 400 złotych de 1 dólar cambiado en la calle, no en el banco, equivalentes a un tercio del salario que ganaba un médico como por ejemplo la madre de mi amiga, 1500 złotych (equivalente a 5 dólares al cambio ilegal en el mercado negro y a 50 dólares según el cambio oficial en el banco, donde solamente se podía vender la moneda estadounidense y no comprarla), algo inferior al salario de un obrero en el país, ambos del sector público. En aquel mismo tiempo el sueldo medio en España era de 25 619 pesetas,

equivalente a 277,50 dólares. Es que en la Polonia de entonces, la mayor parte de la actividad económica y de fabricación, era del sector público.

La situación general se tornó peor de lo primeramente conocido. Recién llegada en octubre de 1981 para realizar la tesis de licenciatura en la Universidad de Varsovia, en Historia del Arte, me precedieron 60 kg de comida y productos de higiene, ya que me habían avisado de la dificultad de abastecimientos.

Se me ocurrió hacer la tesis en Polonia porque había pensado realizarla en el extranjero. Las circunstancias y mi curiosidad tras una primera visita hicieron que ésta se acendrará. Mis amigas me juraron que Polonia era un país francófono, como que todo el mundo hablaba francés, así que no tendría problemas en responder a mi objetivo, pues yo desconocía el inglés. Claro que la mejor razón para mí era que en Filosofía y Letras no habíamos conocido prácticamente los países del Este de Europa tras la última guerra, no sabíamos qué pasaba allí, salvo que estaban distanciados.

Y me dije: ¿dónde voy a hacer la tesina, en países ya muy vistos? No. ¿Dónde voy a meter la nariz si no es en un lugar desconocido? De modo que elegí el más al este, de población similar a España, con tradición católica como punto común. Y el más occidentalizado de todo el bloque socialista.

Mi padre, otra vez él, disgustado por mi elección estrambótica, se lo comentaba a un amigo de toda la vida, decano de la Universidad del Este de San Sebastián, hoy de Deusto, a quien le picó la curiosidad por conocer esta idea mía. Llamada a su despacho, y tras exponer mi plan y mis razonamientos para ello, me dijo con toda tranquilidad: «me parece muy bien. Vete y haz la tesina. Y al volver, a mi despacho, que hablaremos de trabajo. Nos gusta la gente así». Los ojos como platos se me quedaron. ¡Era la única de mi promoción que tenía una posibilidad siquiera lejana de trabajo! Mejor no podía ser. Me iba con toda la tranquilidad y optimismo del mundo.

Así que me presenté con mis 60 kg de todo, y lo primero que hice fue presentarme al tutor de mi tesina, el profesor Andrzej Jakimowicz⁵ del Instituto de Historia del Arte de la Universidad de Varsovia. Me recibió muy simpático, con unas palabras en español: «¡hola, chica!». Y después seguimos en francés. Entonces yo no sabía que el profesor, mi tutor, había participado activamente en la resistencia polaca antes de acabar en un campo de prisioneros de guerra. Su conocimiento de mi lengua estaba unido a la peor experiencia para un ser humano cual es un campo de concentración austriaco-alemán, Mauthausen. Allí estuvo también un grupo de españoles «que hicieron de aquel infierno algo más llevadero con su alegría, sus cantos, y corridas de toros de mentiras que hacían los domingos para gozo del resto», me explicó. Y añadió: «has venido a un país

⁵ Andrzej Jakimowicz (1919-1992), historiador y crítico de arte, participó en el Levantamiento de Varsovia contra los alemanes en 1944, después del cual fue prisionero de guerra en los stalags (campos para los soldados prisioneros de guerra) alemanes. Trabajó en el Instituto de Historia de Arte de la Universidad de Varsovia, como profesor titular desde 1980.

triste, muy castigado por la guerra, y a cada paso te encontrarás gente de alguna manera relacionada con ella». El cambio de título de mi tesina, que él propuso, me permitiría ver la Polonia de antes y después de la guerra, poder tener una idea aproximada del devenir del arte alrededor de una figura central, Xawery Dunikowski⁶, la mejor esperanza del país; un escultor con mucho talento, que acabó destrozado interiormente pese a sobrevivir a Auschwitz.

El problema siguiente fue la bibliografía, es decir, los libros que necesitaba consultar para poder hacerme una idea del tema y poder escribir la tesina, que teóricamente debían de estar en francés «como todo en un país eminentemente francófono». Pero ni en la biblioteca central de la universidad, ni en la del Instituto de Historia del Arte, ni en librerías, pude encontrar un sólo libro en francés acerca de mi tema. Tampoco los había prácticamente en polaco.

Una horrorosa perspectiva delante de mí, de quedar fatal después de haber solicitado una beca, desplazarme hasta este país, y todo, para enterarme de que nadie hablaba francés. ¡Glup! ¡Qué vergüenza sentí! Y mis amigas riéndose, diciéndome: «¿y ahora qué vas a hacer?». «Pues cualquier cosa menos volver a Madrid con la beca en la mano», respondí. «Hasta donde dé mi cabeza, hasta que se me rompa, aprenderé polaco y terminaré la tesina. Sólo vuelvo si en tres meses no he conseguido nada. Y vosotras, por mentirosas, de hoy en adelante me dais clase según mi método». Porque esa es otra, me decían que el polaco era como el latín. Ya. Comprobé cual pérdida de tiempo era intentar memorizar los modelos de declinación polacos, porque no los hay. ¡Yo, que era de ciencias, y aún recordaba los catorce modelos de declinación latina! Así que me puse en marcha y me centré en los verbos, escuchaba la radio, iba al teatro, y leía, leía, enfrascada en los materiales de los que sólo disponía el Museo Dunikowski, donde durante dos años fui la ratita de su biblioteca.

También me ayudó una compañera del seminario de tesina, interesada en un cursillo rápido de español. A los seis meses, pude traducir sola la bibliografía, es decir todos los libros que pude y hube de consultar para mi trabajo, y como la universidad se había cerrado, pues pude ampliar otro año para poder terminarlo y no quedar mal.

Desde que puse un pie en este país, todos los días desaparecían de las tiendas productos de consumo. No me pude comprar ni el más modesto despertador. Y la carne se empezó a vender a través de cartillas de racionamiento, que consistían en unos papeles que tenían unos cuadritos donde ponía más o menos 300 gr de embutido, 1 kg de carne con hueso, 0,5 kg de carne sin hueso.

En horario de trabajo se llevaban las provisiones del día a las tiendas; no olvidemos que era un sistema de distribución centralizada. Como éstas eran pocas, o mermadas por el camino, las colas se formaban ante las carnicerías a las seis de la mañana, cinco horas antes de que abrieran, o antes si eran

⁶ Franciszek Xawery Dunikowski (1875-1964), escultor y pintor polaco, prisionero del campo de concentración alemán de Auschwitz, profesor de Bellas Artes.

tiendas de alfombras. Era una auténtica cacería de lo poco que se podía comprar. El país se paró técnicamente para intentar comer. Además, pareciera que nadie trabajara, todos en las tiendas. Y nunca vi tantas colas como delante de las joyerías, decían que para intentar comprar plata como forma de afrontar la inflación galopante. El absentismo laboral era lo habitual. Unas veces por temor a la escasez, y otras por practicar el conocido estraperlo. El caso es que la gente compraba cantidades inexplicables de bienes de consumo que acabaron consumidos por las polillas.

Dos veces hice la cola de la carnicería para ver cómo funcionaba, y qué era el estraperlo al que se dedicaban las empleadas de la tiendas: vendían lo peor en el mostrador, y por la puerta trasera la carne buena a tres veces el precio. Intenté sublevar a los compañeros de cola contándolo, pues mi casa daba a la puerta trasera de la carnicería y yo veía lo que hacían. Todos a una me hicieron el gesto de silencio, y siguieron pegándose para llegar los primeros al jamón dulce. Llegado mi turno, una dependienta, enorme, alta, con cara de pocos amigos, bigote, y una diadema de plástico sucio como decoración en unos pelos revueltos, me preguntó qué quería. «Carne con hueso –chuleta de cerdo–». Y en mi ingenuidad le pedí que me la cortara «en filetes así de estrechos, por favor», haciendo el gesto con los dedos para mostrar el grosor óptimo. Me mira, me pregunta otra vez, y veo que se va cargando de impaciencia cuando le repito lo mismo. A la tercera dijo, «¿bueno, quiere usted carne sí o no?», ya enfadada. Dije un corto «sí». Y ante mi horror, sacó un hacha enorme, como medieval, de cortar cabezas, le dio un golpe a la pieza, cuya mitad saltó lejos al suelo y me la tiró en un papel. Yo empalidecí, y pensé por un momento que podría cortarme el cuello. No volví más.

La verdad es que el estraperlo solucionó el problema. Así pude dedicar mi tiempo a la tesina que ya iba retrasada porque desde diciembre cerraron la universidad hasta la primavera del 82. Mientras, traté de buscar los libros de consulta necesarios para mi trabajo en librerías, que no había –sólo abundaban las obras de Marx y Lenin–. Aquello cambió mucho mi destino. La ley marcial la vi paseando los tanques por la avenida Aleje Jerozolimskie, y en las esquinas de la perpendicular Marszałkowska, las dos más importantes de la ciudad, se colocaban los soldados con las bayonetas montadas y calentándose las manos en hogueras hechas en papeleras de metal.

El 13 de diciembre de 1981, día de Santa Lucía, había amanecido precioso y todo cubierto de una nieve brillante que titilaba con los rayos de sol radiante. No lo había visto desde que llegué, pues todo el tiempo estaba nublado. Lo primero que pensé es que «hasta los elementos se han puesto de parte de Jaruzelski»⁷.

⁷ Wojciech Jaruzelski (1923-2014), general, político comunista polaco. Primer secretario del POUP (1981-1989), primer ministro (1981-1985), presidente del Consejo de Estado (1985-1989), presidente de la República Popular de Polonia (1989) y primer presidente de la Tercera República de Polonia (1989-1990). Del 12 al 13 de diciembre de 1981 como

La tienen clara los polacos». Gradualmente empecé a preocuparme: el Ejército había tomado toda la ciudad y todo el país, la televisión sin programación, y el teléfono cortado. No se sabía cómo podía acabar, aunque la población confiaba en que un soldado polaco jamás dispararía contra un compatriota.

Realmente las cifras no fueron como en países americanos donde una revuelta se cobra al menos 500 muertos. Pero sí que los hubo: los 9 de la mina Wujek de Katowice, más otros 47 en el resto del país durante huelgas y manifestaciones. Los historiadores estiman que en general superaron el centenar las víctimas mortales de la ley marcial. Algo más de 10 000 opositores al régimen fueron reclusos en centros penitenciarios y centros de internamiento, la mayor parte de ellos del sindicato Solidaridad, la noche precedente al golpe de Estado. Estaba realmente asustada, y ahí empecé a entender que la situación podría volverse muy peligrosa, en contra de la opinión de mucha parte de la sociedad, segura de que sus soldados jamás dispararían a un civil.

Mi familia también se preocupó. Pero mi abuela paterna no. Decía que seguramente yo estaba bien, pues de lo contrario, y conociéndome, ya habría dado señales de que estaba mal. Le explicaron que el país estaba cerrado a cal y canto sin posibilidad de contactar, pero ella incidía en su creencia. Un mensaje que la Cruz Roja me invitó a escribir como en secreto, en una oficinita con un pupitre, calmó los nervios de la gente de mi casa.

De por sí, la ley marcial no parecía que me fuera a afectar mucho como ciudadana extranjera. Es más, se decía en círculos oficiales que iban a expulsar a los extranjeros para «arreglárselas» con los polacos sin curiosos por medio, lo que era un mal presagio que adelantaba fusilamientos.

Pasados los primeros sustos, mi vida empezó a ir por otro rumbo inesperado. Bueno, no tanto, porque siempre había aspirado a ser periodista. Y esta ocasión, con una situación única en Europa, y muchas incógnitas para el futuro, me ponía, sin buscarlo, en medio del curso de la historia; me llamaba a estar, ver, y transmitirlo. Me dije a mí misma «no me perdono si ahora no trabajo como periodista». La mejor fue mi abuela materna tiempo después, que al saber de mi trabajo, me dijo agradablemente sorprendida: «¿Ah, sí? ¿Y dónde vendes los periódicos?». Porque para un habitante del Elgoibar de entonces, un pueblo muy industrializado, el periodista local era el que los vendía, no el que los escribía.

Y junto con el trabajo de tesina, empecé a realizar pequeñas cosas, fotografía sobre todo, que me depararon una satisfacción inesperada, porque mis fotos se vendieron en muchas partes del mundo.

Cierto afán de aventura, de emoción, de riesgo, me llevó a colaborar con mi reciente marido, un fotógrafo bastante conocido, adscrito a Solidaridad, en hacer

primer secretario y miembro del Buró Político del POUP y ministro de Defensa Nacional dio un golpe de Estado encabezando una especie de junta militar, llamada Consejo Militar de Salvación Nacional, que en contra de la constitución de la Polonia comunista introdujo el estado marcial que duró hasta 1983.

llegar toda la información y testimonios gráficos a Occidente, palabra mágica que definía todos los países del Oeste de Europa y un poco más allá. Hicimos algunas travesuras, amparados por amigos de embajadas. No lo vi entonces como un episodio romántico, ni nunca he visto así ese periodo tan difícil que precedió al cambio democrático.

Más de una vez la policía interrogó a mi marido, con la amenaza de que me expulsarían y a él le caerían diez años de cárcel. Aunque todo quedó en nada. También vinieron a nuestro piso. Era marzo del 82, estaba yo sola, asustada, me mandaron sentarme. Y como el estudio era muy pequeño, apoyé el taburete en la nevera. Dos funcionarios levantaban y miraban ficheros con fotografías, hablaban entre ellos. Y al pedirme la documentación vieron con horror que yo era extranjera. Les enseñé el anillo de casada. Lo que sí entendí es que no querían malos rollos de embajadas. Así que tras marear algo más de papel, salieron. Y menos mal, porque en la nevera teníamos varios rollos de fotografías –de ésas que no les gustaban– listos para enviar al extranjero.

De ahí en adelante me llevó la curiosidad, que es, en mí, la madre de todos mis pecados. Y salí adelante con mucho esfuerzo por aprender el idioma, por entender las claves políticas y sociales. Para mí era un misterio por desentrañar. Y tanto más ahondaba en ello, más debía corregir mis conocimientos y puntos de vista. Como dije, en Polonia nada es lo que parece, posiblemente hasta el día de hoy.

Los del partido comunista iban a misa en secreto, se casaban por la Iglesia, y bautizaban a sus hijos. Los de la supuesta derecha eran hijos de veteranos comunistas o de destacados socialistas de antes de la guerra. Los partidos de derechas se hicieron prosociales como los de izquierdas. Y el de los antes comunistas adoptaron un perfil de centro progresista y bastante europeísta. La Iglesia católica, que les daba cien vueltas en experiencia sobre esta tierra, y gozaba de un enorme prestigio, proporcionaba cobijo y apoyo a la oposición. Favores que después se quiso cobrar en nombre de ser el vehículo de la identidad polaca desde el comienzo del reparto de Polonia hacía dos siglos. Lo que quiero decir es que las cosas son más complejas de lo que aparentan. Y la vida, también.

Aunque persistían a mis ojos las cosas llamativas sociales y otras anomalías como que todo el mundo se dedicara al estraperlo, funcionarios incluidos, que me parecían «actividades poco serias», «faltas de orden», y «perjudiciales para muchos», cuando pasó un tiempo las acepté, al comprender que sólo aquellas actividades eran la única protesta posible en contra de la situación. Y que el «factor chapuza» omnipresente en todo lo que se tocara y con la corrupción de poca monta pero generalizada, humanizaban aquel régimen que creía haber conseguido un hombre nuevo, diferente, comunista, y sobre todo, sumiso, sin creencias, esperanza, ni moral. Pero ese sistema sólo había sembrado miseria, no había conseguido ni que el pan llegara fresco a las tiendas, y por contra, en mi opinión era injusto, básicamente al no respetar las libertades democráticas.

Hablando a veces con gente mayor con la que coincidía casualmente en parques, plazas, o en el tranvía, algunos me dijeron que seguramente yo habría oído o me habrían contado epopeyas acerca de la resistencia polaca hacia el régimen comunista. Cuando la verdad es, según esas fuentes, que la mayoría se calló y aceptó el régimen impuesto tras la guerra pensando en sus hijos, porque la mayoría de la población eran gente modesta que por primera vez vivía en un piso, y cuyos hijos tenían la posibilidad de ir a la escuela y recibir atención sanitaria; cosa que hasta entonces no había sido posible de manera universal y gratis en Polonia.

Obviamente esta opinión, si bien coincidente entre muchas personas, era una parte de la verdad. Pues conocí, entre otros, también a integrantes de la antigua aristocracia que lo habían perdido todo muy jóvenes en la guerra: a sus familias, a sus amigos que perecieron luchando en el Levantamiento de Varsovia, y sus bienes. Quedando casi en la indigencia, sin acceso a la universidad por su origen, ni a muchos trabajos. Llevaron esa carga con dignidad, sin aparentes quejas, amparándose dentro de su círculo de conocidos con cuya ayuda desinteresada podían contar para todo. Ese fue el caso de mi querida vecina Roma, con quien tuve mucha amistad. Para mí fue el ejemplo de una elegancia de actitud. Jamás le oí quejarse como tampoco a todos sus parientes y amigos que la rodeaban y con quienes tuve la oportunidad de pasar buenos ratos.

Si algo me propuse durante mis largos años de trabajo en una agencia de prensa española, fue investigar en lo posible la Segunda Guerra Mundial, aunque fuera plasmada en pequeños retratos elaborados como crónicas por mí, para exponer parte de su historia y diversos aspectos de la vida polaca con sus limitaciones diarias.

Me parecía injusto e inaceptable que este país, que había luchado como el único, con las armas en la mano desde el primero hasta el último día de la Segunda Guerra Mundial, y había pagado en vidas y patrimonio más que nadie quedándose esquilado, fuera señalado como «antisemita». Ellos, que son los que más reconocimientos tienen en Jerusalén por ayudar a judíos, y que fueron ajusticiados por ello en una medida que los franceses, por ejemplo, seguro que no conocen.

Este es un país de víctimas y héroes en la percepción popular, en la que no caben la aceptación de hechos sucedidos como actos inhumanos o reprobables que ocurrieron durante la guerra, y que pasan en toda guerra, aunque representaran probablemente cuantitativamente a una cantidad ínfima de la población. Pero duele que esa actitud inmoral pueda tapar lo verdaderamente valioso de la resistencia y el sacrificio. Por eso es tan difícil que de momento se haga una revisión de la historia que aclare todos los capítulos de la guerra que nadie querría ver y sentir en su propio país. Es el temor al desprecio y a la injusticia.

Es una tarea que queda a las siguientes generaciones, costosa, pero imprescindible para entender y asumir su pasado. El desenfadado y anecdótico usado en este escrito me permiten asumir el pasado y las decisiones tomadas. Siempre

se pierde algo, y la ausencia de mi país me pesa hasta hoy. Pero de no haber dejado mi casa nunca habría aprendido tanto. Y por fin, siento cierto reconocimiento hacia mí misma de lo que he logrado, que ya me ha costado.

Todo ello me ayuda a ver que mi marcha no ha sido una concatenación de malas decisiones. Necesito convencerme de ello una y otra vez, porque las cosas no me han ido siempre bien. Las anécdotas me dicen que mi vida en Polonia ha podido ser hasta ahora cualquier cosa, menos aburrida. Me hacen ver mi recorrido profesional sólido e importante conseguido a base de esfuerzo y de ampliación de conocimientos. Mi balance final es el que dije hace tiempo: yo vine a Polonia a ganar. Y lo he conseguido: he mantenido los amigos de origen, de la infancia, de la juventud, y de la universidad. Y he ganado nuevos en Polonia, con los que mantengo una relación muy estrecha y cálida.

Resumiendo mi tarea periodística, con la que experimenté mucha satisfacción y buena parte de mi experiencia vital aquí, creo que, en justicia, devolví a este país, a través de mis crónicas y noticias, lo que me había dado: una nueva vida, toda mía.

Diciembre de 2022.

Mi agradecimiento a mi amiga Lola Cendoya por su revisión y opinión.